

## Sánchez Arcas y la opción funcionalista en los años veinte y treinta

Carlos Sambricio

Durante muchos años, básicamente durante las primeras décadas del siglo XX, uno de los principales cometidos de la arquitectura fue dar respuesta al problema de la falta de vivienda; para ello se tuvo que afrontar una triple reflexión: definir un tipo de vivienda de bajo costo, ajustado al nuevo programa de necesidades; resolver cómo articular la célula en el bloque y, por último, estudiar cómo el nuevo Saber constructivo debía determinar el diseño de la vivienda. Surgieron entonces, entrelazadas y unidas —como cerezas en racimo—, cuestiones nunca planteadas hasta el momento: se polemizó sobre cómo afrontar el crecimiento de la ciudad, fijando pautas para planes comarcales y regionales, al tiempo que se teorizaba sobre cómo llevar a término la reforma interior del casco; nuevas necesidades obligaron tanto a afrontar viejos problemas de manera nueva como a dar respuesta a cuestiones impensables hasta poco antes; el modelo urbano se concibió en función de estrategias de transporte, fundamentales en la articulación del territorio antes citado; la política de vivienda llevó a debatir sobre el tipo y desde la arquitectura se dio respuesta a las cuestiones como, por ejemplo, el ocio de las masas, o a espacios tales como teatros y cines, fábricas y hospitales.

Que tras la Gran Guerra un político italiano, Gramsci, editara un periódico político con el título *Ordine Nuovo*, que Le Corbusier sacara a la luz una revista llamada *Esprit Nouveau*, que Cocteau formulara su *Appel à l'ordre* o que el catalán Sebastián Gasch reclamara la *vuelta al orden* en modo alguno es casual. Un periódico comunista, una revista de arquitectura, un manifiesto literario... testimoniaban —cada uno a su manera— no sólo el rechazo generalizado de una generación frente al disparate que fue la Primera Guerra Mundial sino, y sobre todo, el deseo común a todos ellos de proponer una forma de vida diferente. Y lo que en un principio fue detonante del cambio (el rechazo a la sociedad que había posibilitado la Gran Guerra) dejó de enten-

1. Colonia Maudes, Madrid.

derse como referencia formal planteándose, por el contrario, como base de un quiebro epistemológico.

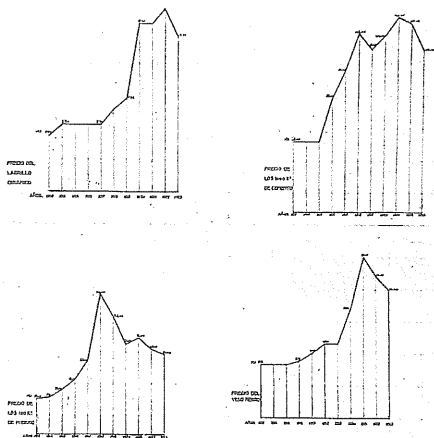
Hubo también quienes —en su deseo de integrarse en esa modernidad— entendieron que bastaba asumir las imágenes para, sin mayor problema, integrarse en la nueva cultura. Fueron muchos los que, ajenos a cualquier reflexión, utilizaron la referencia al transatlántico (entendido como síntesis de la racionalización del espacio) como aval de calidad y modernidad. Utilizaron dicha imagen para testimoniar la modernidad de su arquitectura, una arquitectura esquizofrénica en la que el ornato pertenecía a un lenguaje mientras la forma de valorar el espacio dependía de viejos esquemas. Reclamaron la imagen del barco como *summun* de la modernidad (de lo efímero) y llevaron a su arquitectura elementos descontextualizados que identificaban con *la máquina para vivir*. Capaces de proyectar lujosas viviendas, de modernas formas y abigarradas plantas, disfrazaron el todo con un ropaje formal que tomaban del susodicho paquebote, ignorando que, en éste, el camarote se había propuesto como ejemplo de cómo organizar una vivienda en una superficie mínima. Indiferentes al tema de la falta de vivienda, su única inquietud fue la imagen formal y, preocupados por las revistas, sus proyectos no fueron sino una banal interpretación de la arquitectura centroeuropea. Como señaló Bellido, *la insinceridad constructiva era la causa de nuestra decadencia arquitectónica*: por ello sorprende que, a menudo, la historia de la arquitectura española de los años veinte y treinta se haya limitado a confirmar las coincidencias (o sintonías) entre estos proyectos y los concebidos por la vanguardia europea, soslayando la opción de quienes afrontaron la arquitectura de su tiempo desde perspectivas distintas.

De algún modo, la gran referencia para algunos historiadores de la arquitectura contemporánea ha sido, consciente o inconscientemente, Giménez Caballero, aquel que fue el editor de *La Gaceta Literaria*. Preocupado por problemas de forma, Giménez Caballero publicó, en su revista, a lo largo de los años, abundante información sobre la arquitectura centroeuropea —acompañada siempre de excelentes ilustraciones—, presentando éstas siempre como “novedosas” y recalcando la “singularidad y modernidad” de tales. Publicó los proyectos de Könick, de Stijl, Loos, May o Bonatz, pero nada explicó de su contenido o intenciones, del mismo modo que dio noticia sobre el *Eupalinos* de Valéry o publicó comentarios de Theo van Doesburg, Marinetti, Bruno Taut o Le Corbusier sin analizar ni explicar su alcance: todo valía, porque todo era “moderno y sorprendente”. En ningún caso matizó cuáles eran las diferencias entre unos y otros, cuáles las posiciones de cada uno ante problemas concretos. La gran preocupación de estos “vanguardistas” era saber, y así se preguntó en la tantas veces citada encuesta que publicó la revista, *¿cuándo y cómo va a entrar en España el arte moderno?*,

ignorando que lo característico de la arquitectura europea de aquellos años fue el debate teórico que enfrentó posiciones tan distintas como las defendidas por el círculo suizo de la revista *ABC* y las expuestas por Le Corbusier. Frente a la nueva estética, algunos entendieron que el problema fundamental era determinar cuál era el compromiso social del arquitecto.

La historia de aquellos años fue, reconozcámoslo, más compleja y rica de cuanto nos ha transmitido la historia convencional. *Nosotros necesitamos de la historia, pero no como el holgazán mal criado en el huerto del Saber*, diría Nietzsche al comentar el porqué del interés en estudiar el pasado. Debemos comprender que, frente a quienes hicieron suya la imagen del barco como símbolo de modernidad (de lo efímero), hubo otros que se enfrentaron a la arquitectura desde supuestos distintos: en Barcelona, y a través del GATEPAC, buscando analizar y comprender los supuestos defendidos por Le Corbusier; en Madrid, desde la convicción de que el problema de su tiempo era el acceso a una vivienda higiénica, económica y barata. Buscando alcanzar estos objetivos, forzaron la reflexión sobre la distribución de la vivienda (la célula), analizaron como ésta —al agregarse— configuraba el bloque y estudiaron como los nuevos métodos constructivos eran determinantes en la concepción misma de la vivienda. Ajenos al formalismo de la nueva academia, asumieron los supuestos de la “Nueva Objetividad” y optaron por un funcionalismo sorprendente en la valoración de sus volúmenes y fachadas (es decir, extraño al ortodoxo de los “modernos”).

*Estilo es estabilidad, continencia, esencialidad, rechazo de todo aquello a lo que aspira el parvenu. Estilo es entonces Sachlichkeit. Estilo es el compendio, el toque de cincel, la estructuración en superficie de una época; es la unión de lo desunido, para la eternidad que nos ha de suceder; estilo es la arquitectura de todo arte.* Desde este esquema, Adolf Behne había señalado poco antes, en “Der Moderne Zweckbau” (La moderna arquitectura funcional), que *la objetividad es la fantasía que trabaja con exactitud*. Al definir la arquitectura de la “Nueva Objetividad” (*die Neue Sachlichkeit*, llamada más tarde Estilo Internacional y hoy arquitectura funcionalista), precisaba que la nueva arquitectura debía definirse desde lo vernáculo, buscando la normalización de los elementos que en ella aparecen. *Estilo fue*, a partir de este momento, *el compendio, el toque de cincel, la estructuración en superficie de una época; significó unir lo desunido [...] Para la eternidad que nos ha de suceder, estilo es la arquitectura de todo arte.* Entendido no como fruto exclusivo del talento individual sino como resultado de obra colectiva que interpreta el espíritu del tiempo, la nueva relación con la técnica moderna no se tradujo en pérdida de la tradición arquitectónica sino que afirmaba, por el contrario, la perennidad de las leyes de la arquitectura. Y quien mejor comprendió, en el Madrid anterior a la Guerra Civil, estos planteamientos fue Manuel Sánchez Arcas. Pero situémoslo en contexto y expliquemos su singularidad.



2. Gráfico del incremento de precios de los materiales de construcción 1914-1920. Revista *Arquitectura*.

En los comienzos de los años veinte, la situación cultural en Madrid era radicalmente distinta de la existente en Barcelona. Si en Barcelona Prat de la Riba fomentaba la idea de un “partido industrial”, cuya vocación era, en expresión de Eugeni d’Ors, conseguir la gran *Catalunya-ciutat* (desarrollando paralelamente en Barcelona los supuestos de una arquitectura ligada, más o menos acertadamente, a la idea de una neobrunelleschiana mediterraneidad), Madrid todavía era una ciudad de servicios, sin proyección ni relevancia alguna. Su transformación ocurre en los años de la Primera Guerra Mundial, cuando, aprovechando la bonanza económica del momento, opta por transformarse en ciudad industrial. El cambio fomentó la llegada de una fuerte emigración, a la que hubo que proporcionar vivienda, y fue entonces cuando los debates sobre la normalización o la estandarización de la vivienda planteados por unos pocos (Torres Balbás, López Valencia, Amós Salvador, Zuazo) fueron oídos por la joven generación de arquitectos que, en los primeros años veinte, se acercaba a la arquitectura.

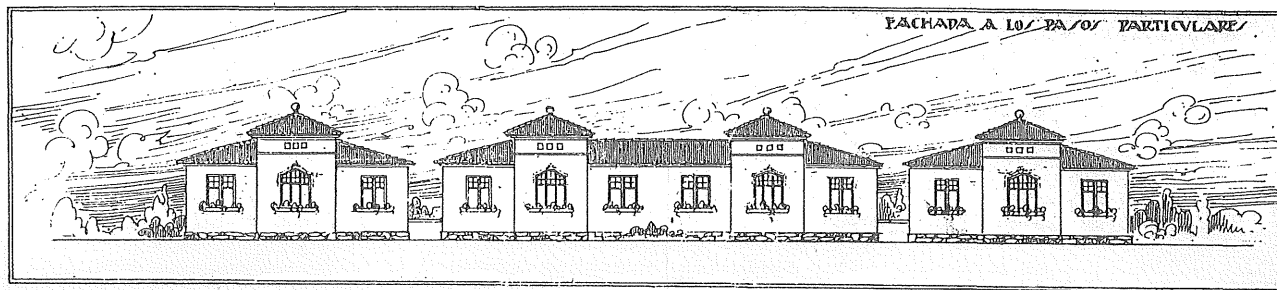
En otro momento he señalado el papel que desempeñó entre aquellos jóvenes el profesor de Historia de la Arquitectura de la Escuela de Madrid, Don Leopoldo Torres Balbás. Fue él quien primero comentó en España cuales eran los intereses y objetivos de la joven generación de arquitectos alemanes; dio a conocer los escritos polémicos de Adolf Behne y fue también él quien, igualmente por primera vez, difundió en España las propuestas que formulaba el joven Le Corbusier. Torres Balbás, uno de los primeros en valorar primero el maquinismo y luego el taylorismo, reclamó la necesidad de normalizar lo vernáculo como punto de partida de una nueva arquitectura, al tiempo que valoró la tradición como punto de partida de una nueva cultura. Y entendiendo la arquitectura desde la tradición y desde la economía de su construcción, señaló que [...] *la vivienda debe definirse desde la lógica de la construcción y, dependiendo del saber de la tradición, debe depender de una industria que ignore la polémica sobre los estilos y busque, sobre todo, la economía en su construcción.*

Los comentarios de Torres Balbás fueron más que oportunos: al auge económico de los años de la Guerra siguió la recesión, cuando la recién creada industria encontró cerrados, en una Europa que se reconstruía industrialmente, los mercados que poco antes tuviera abiertos. Por ello, ante la crisis económica existente en 1920 (y la grave situación laboral debida al alto paro obrero), las sociedades obreras, la Sociedad Central de Arquitectos y el Instituto de Reformas Sociales buscaron mediar en el conflicto instando al Estado a tomar medidas que frenaran el paro. Y una forma de hacerlo fue fomentar la construcción de viviendas, abandonando —no tanto por una actitud “teórica” como por el altísimo costo de los materiales de la construcción— la hasta el momento utilizada decoración. Se produjo así —obligados por las necesidades

económicas— una primera simplificación de la arquitectura. De acuerdo con las opiniones de Torres Balbás, algunos entendieron que el racionalismo no era forma y sí voluntad por integrar la industria en el debate sobre la vivienda: contrarios tanto a la nostálgica utilización de la historia como al empleo injustificado de nuevas formas, su mensaje no fue escuchado por una burguesía que buscaba sus señas de identidad en la originalidad arquitectónica y sí por las cooperativas obreras y por la patronal de la construcción.

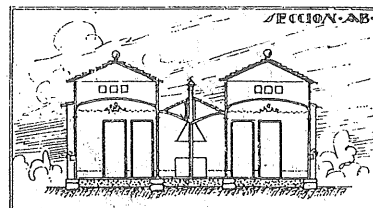
Coincidían ambas en defender la normalización de la vivienda aunque por motivos distintos: las primeras, porque la estandarización posibilitaba abaratar la construcción de viviendas obreras; los segundos, al entender que normalización y taylorismo eran conceptos unidos y que, en caso de aplicarlos, se dinamizaría la industria de la edificación. Ocurrió entonces que tanto las publicaciones de la izquierda (*Hogar Propio* y *Hogar Obrero*) como las patrocinadas por la patronal (*El Eco Patronal* o *El Constructor*) difundieron tales supuestos, publicando ejemplos de viviendas económicas y proponiendo la celebración de congresos y exposiciones sobre el tema. Normalizar y estandarizar significaba construir en serie: por esta razón, la idea de “tipificar” fue criticada por quienes veían (haciendo suyas las opiniones de Van de Velde) como, en tal caso, la “creatividad del arquitecto” quedaba en entredicho. Así, Teodoro de Anasagasti, conocedor de cuanto sucedía en la Europa de esos años, criticó abiertamente, en un artículo titulado “¡Hablemos alto y claro!” (publicado en *La Construcción Moderna*, en 1914), las casas de obreros señalando el nulo interés de un tipo que se repetía e identificándolas —irónicamente— con *casitas de nacimientos escapadas de los puestos de la Plaza Mayor*. Y avalando su opinión con citas de Bulls, Stübben o Benoit-Lévy, estudiaba los ejemplos de Dusseldorf, Adelaida, Letchworth, Hamstead o Bournville y criticaba la idea de “variación” defendida por los anteriores.

Que patronal y sindicatos defendieran y divulgaran en España los conceptos de normalización no significa que la idea fuera plenamente aceptada: si bien es cierto que las viviendas construidas al amparo de la *Ley de Casas baratas* de 1921 sí reflejan esta preocupación, también es verdad que en la arquitectura concebida para la burguesía (o en los proyectos de equipamientos construidos en estos años) se ignoró total y absolutamente tal reflexión, lo que produjo una fractura clara entre el modo de concebir las viviendas obreras y cualquier otra actividad ligada a la arquitectura. Emergía una arquitectura, racional en lo constructivo y reflexiva en la organización de la planta, pero no surgía como consecuencia de las polémicas mantenidas fuera de España sino, por el contrario, debidas a la necesidad y a la crisis económica. Por ello, que Lacasa tradujera los textos de Muthesius y Eberstadt sobre la “casa pequeña” o que Sánchez Arcas se interesara —desde 1920— en analizar las cuestiones técnicas ligadas a la arquitectura



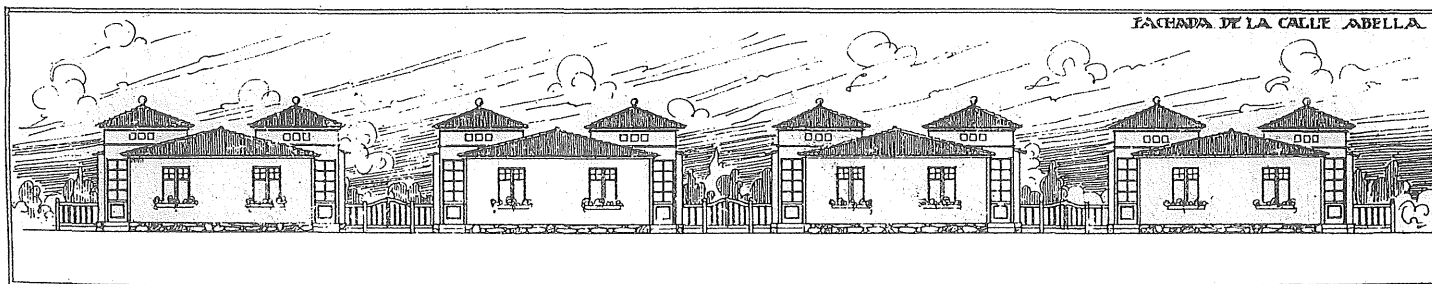
## CASA DE POCO COSTE

GRUPO DE CASAS EN UNA PARTE DE UNA MANZANA DE LA BARRIO DE CASA ANTUNEZ DESTINADA A LA EMPRESA.



## TIPO DE CASA N.º 30

EN PLAZA DE HORRIGON ARMADO Y TRANSPORTABLES EN 5 PIEZAS PRESENTES ALZADOS. ESCALA 1:100



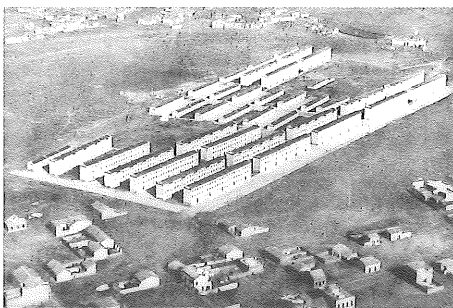
3. Estudio de vivienda popular.

no debe entenderse como una voluntad por crear una vanguardia, sino como el deseo de aportar conocimiento al incipiente racionalismo existente, a un racionalismo caracterizado y definido por la necesidad.

Los intentos de normalización desarrollados en España entre 1923 y 1926 estaban lejos de lo que en Alemania se llamó la *Tessenow-Patentwand* (la patente promovida por Tessenow para muros prefabricados, citada reiteradamente en las revistas técnicas españolas), debido, sobre todo, a la existencia de una mano de obra abundante y barata, y en el mejor de los casos –como señalaba Eduardo Gallego– se optó por una síntesis entre el llamado “suelo rápido” y los muros de ladrillo, para conseguir la estandarización de marcos de ventanas, puertas..., primero de madera y luego de otros materiales. Quien repase las publicaciones de la época podrá constatar la infinidad de noticias existentes sobre consumo de cemento, precios de materiales de construcción, experiencias de viviendas prefabricadas en Holanda, Alemania o Inglaterra, del mismo modo que verá el alto número de comentarios sobre la necesidad de constituir –como se había hecho con la creación de los Museos sociales– Oficinas de Información sobre la construcción que difundiesen y facilitasen el mejor conocimiento de construcciones con moldes, del uso de la chapa de Uralita, de las posibilidades del hormigón colado, de las experiencias realizadas con “piso rápido”, etcétera.

Entre 1923 y 1927, la construcción de casas baratas contó con el apoyo de un Estado que buscaba más incentivar una economía estancada que fomentar una política social. Así, Rafael Benjumea (Ministro de Obras Públicas en el Gobierno de Primo de Rivera) potenciaba la Junta Interventora de la Industria del Cemento con la formalización del Decreto Ley sobre “firmes especiales”. Si en el Werkbund la intención de Muthesius fue crear *la cultura burguesa de la era de la industria*, la opción tomada por la patronal española se limitó a racionalizar los procesos constructivos, aprovechando la abundante, cualificada y barata mano de obra. Conscientes de que producir piezas en serie –los primeros prefabricados, según la experiencia inglesa o alemana– era técnicamente inviable y económicamente absurdo, un texto (“Los nuevos métodos de simplificación del trabajo en la construcción”) publicado en *El Hogar Propio* explicaba el sentido de la nueva arquitectura. *Normalización o estandarización no tienen equivalencia más clara en castellano que la palabra simplificar. Establecer un sistema que evite esfuerzos inútiles, eleve el rendimiento, evite fatiga, reducción de tipos de fabricación y producción en serie es, en definitiva, simplificar la producción. A la construcción se han adaptado los métodos de simplificación [...]*

*Las condiciones de la vida moderna, los precios de los materiales y de la mano de obra, no consienten, sino a costa del empleo de grandes sumas, la construcción de una sola casa, con*



4. Cooperativa de carteros.

*todas las soluciones apetecibles. En cambio se consigue este resultado, con una importante economía, en las construcciones de fincas por grupos. Y cuanto mayor sean éstos, mayor será aquella. Este sistema permite dar a las viviendas un confort, que de otro modo no podrían tener. Para satisfacer estas necesidades de la vida moderna, para facilitar la satisfacción de estas necesidades crecientes, la casa familiar aislada ofrece menos posibilidades que las casas construidas en serie y las fincas colectivas en las que las instalaciones de agua, gas, electricidad, y, sobre todo, de calefacción central, pueden conseguirse con un menor coste... Debe prescindirse de todo elemento constructivo no necesario, ya en orden a la utilidad del servicio que pueda prestar, o en orden a la estética.*

*Hay que producir mucho y producir bien, para que resulte a buen precio y disminuir los gastos generales. Donde la ventaja puede ser mayor es en la fabricación de elementos de la construcción idénticos, como puertas, ventanas... En ella pueden establecerse los métodos de organización científica del trabajo con más facilidad. No hay por qué emplear distintos tipos de cerraduras, tazas de retrete, de depósitos de agua, de baños, de puertas y ventanas, incluso de ladrillos [...]*

A partir de la *Exposición General de la Construcción y Habitación* de 1925, los comentarios sobre normalización y estandarización se generalizan, convirtiéndose en elementos comunes de la cultura de la época, debido fundamentalmente al escándalo social que surge tras repetidos hundimientos de edificios en construcción. Organizada por la Patronal, con el fin de difundir y dar a conocer su actuación y las posibilidades que se ofrecen a los arquitectos y ayuntamientos, la exposición es un éxito político. Por ello, y con ocasión de la exposición, el Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos de Madrid publica un artículo sobre “La vivienda industrial”, en el que se comenta la necesidad de fomentar e incentivar la construcción de casas de bajo costo. Sin embargo, la situación cambia rápidamente cuando los organizadores de la misma comprenden que han cubierto el mercado: en sólo un año los intereses de la patronal darán un singular quiebro y abandonarán los intereses de los pequeños talleres y de la mediana industria de la construcción. Desde la pretensión de reactivar la edificación, se busca la colaboración de la banca privada y la industria del cemento (recordemos que las relaciones entre los Güell y los Comillas no se limitan al común aprecio por Gaudí, sino que son relaciones entre la industria del cemento y el Banco Hispano-Colonial); resultado de la nueva política económica es la creación, en torno a 1926, de constructoras tales como Huarte, Entrecanales, Agromán... Y si hasta el momento la patronal había tenido que pactar con los sindicatos (con las cooperativas obreras) para sacar adelante la industria de la construcción, ahora Gobierno, Banca privada y cementeros pactarán con los ayuntamientos forzando, en la medida de lo posible, que las corporaciones municipales afronten ambi-

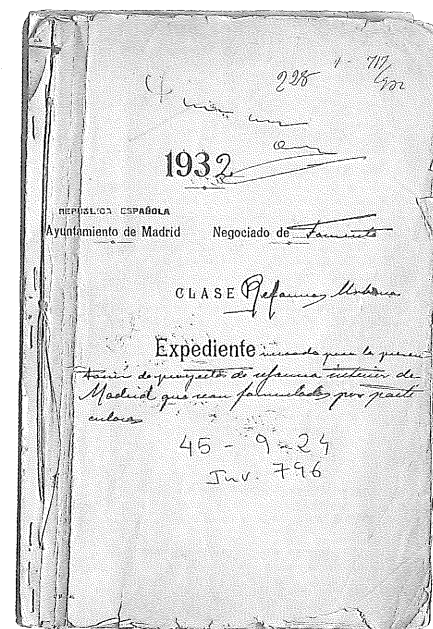


ciosos proyectos de transformación urbana o, lo que es lo mismo, que asuman grandes inversiones.

Si en 1923 se había celebrado la “Conferencia de la Edificación”, en la que todos los sectores implicados pedían soluciones para la crisis de la vivienda (confiando en que de esta manera se relanzaría la industria de la construcción), y en 1925 se lleva a término (organizado por la oficialista “Unión de Municipios Españoles”) el “I Congreso Municipalista”, desde el que se reclama a los ayuntamientos con población superior a 5.000 habitantes la redacción y aprobación de planes de urbanización, un año más tarde es el Primer Congreso Nacional de Urbanismo el que se dirige al Gobierno solicitando (medida que, como podemos imaginar, fue muy bien atendida) no sólo que se exigiera a los ayuntamientos (para lo que se invocaba el artículo 4º del Estatuto Municipal) la redacción, en un plazo máximo de cuatro años, de un plan de Ensanche, sino también que las ciudades con una población superior a los 200.000 habitantes fuesen obligadas a redactar un Plan de Extensión.

Zuazo, en sus *Memorias*, comenta un dato importantísimo del que no teníamos conciencia ni conocimiento: en 1926, la Banca privada había organizado un “servicio de urbanismo”, formado –imagino– por técnicos, cuyo cometido era estudiar las necesidades urbanísticas de las grandes ciudades para que así la Banca, amparándose en la Ley de Reforma Interior de 1895, pudiera dirigirse a las corporaciones proponiendo la actuación y ejerciendo de adjudicataria de la misma. Esto, apunta Zuazo, se hizo para Madrid, Barcelona, Sevilla y Zaragoza. Entiendo que estudiar el urbanismo español de aquellos años desde esta nueva perspectiva ayudaría a cerrar de una vez por todas la “historia heroica” de un “urbanismo de autor”, de planes identificados con la “intuición, el Saber y el oficio” de profesionales, y redimensionar lo que ha sido la historia de nuestras ciudades.

Para la Banca y los grupos ligados a la industria de la construcción, la década de los años veinte se planteó desde una triple perspectiva: primero, se fomentó la construcción de casas baratas; luego, a partir de 1925, se incentivó el consumo de cemento en la construcción de obras públicas; paralelamente, desde instancias políticas y profesionales, se animó a los ayuntamientos a redactar ambiciosos planes de urbanismo. Fomentar la construcción de casas baratas se hizo con la intención no sólo de crear un mercado capaz de absorber los productos fabricados por la industria, sino que se pretendía pasar de una construcción artesanal a otra industrializada; así, la normalización y la estandarización de determinados elementos constructivos tuvo como consecuencia la potenciación de la industria. En segundo lugar, cuando la producción de cemento se multiplica (es decir, cuando desde el Gobierno se fomenta la producción de hierro, cemento, electricidad y petróleo, al considerar que éstos son los



5. Portada del legajo sobre la presentación de proyectos de la Reforma interior de Madrid. 1932.

factores decisivos para un desarrollo industrial) la política cambia en cuestión de meses: se pierde el interés por la construcción de las casas baratas y en su lugar se propone un ambicioso programa de construcción de carreteras y “firmes especiales”. Conscientes de que esta iniciativa se puede complementar con otro tipo de proyectos, desde la Banca privada —y ésta es la tercera política desarrollada en la segunda mitad de la década— se incentiva a los ayuntamientos para que afronten ambiciosos proyectos de urbanismo, llevados a cabo por la propia Banca como “adjudicataria” de los trabajos. Los distintos planteamientos explican el quiebro entre lo que solicita el Congreso de la Edificación de 1923 y lo que pide el Congreso de Urbanismo de 1926. El problema radica en que si en dicho año el urbanismo es, para los grupos financieros que no tienen en cuenta las cuestiones ligadas a la edificación, la solución a la recesión, el profesional de la arquitectura que se enfrenta a un proyecto ve como el alto precio de los materiales le obliga a racionalizar la construcción, a reflexionar sobre cómo debe ser el nuevo tipo de vivienda. Y ello se produce cuando el mito de la “nueva arquitectura” es aceptado por una sociedad culta que, a partir de ese momento, se acostumbrará a leer críticas de arquitectura no en revistas profesionales sino en periódicos (la sección de arquitectura de *El Sol*, llevada por Arniches y Domínguez, no ha sido todavía objeto de estudio, lo mismo que las noticias aparecidas en *El Debate*) y revistas culturales y políticas.

En 1927 se celebra en Stuttgart la *Exposición sobre la vivienda*; las noticias que de ella aparecen en Madrid tienen contenidos bien distintos: si Mercadal publica en *La Gaceta Literaria* un largo trabajo informativo, bien ilustrado, en el que comenta entusiásticamente los proyectos presentados, Paul Linder, corresponsal de *Arquitectura* en Alemania, destaca por el contrario que *la exposición saca fuera el problema de la teoría, haciendo viviendas verdaderas*. Si Mercadal se interesa en dar a conocer las nuevas formas, Linder se explaya en los detalles constructivos, valora cómo cada arquitecto ha resuelto los muros exteriores, los forjados y las cubiertas de manera propia, y además remite a una publicación (*Bericht über die Siedlung in Stuttgart am Weissenhof*, cuaderno 6) que por su contenido técnico, describe las características constructivas de cada proyecto, se convierte en referencia para quienes entienden que el racionalismo es, ante todo, construcción. Si Mercadal reclama el “individualismo” expresado en cada una de las distintas viviendas, quienes se interesan por la construcción (es decir, el pequeño grupo constituido por Sánchez Arcas, Lacasa, Arnal o el joven Eduardo Torroja) buscan y leen, por el contrario, trabajos como el publicado en *La Construcción Moderna* de dicho año sobre “Máquina portátil para fabricar bloques triangulares y bloques tabique. Sección de columnas, muros, tabiques, esquinas y pilares hechos con el sistema triangular”, o los anuncios de casas desmontables concebidos por

Antonio y Julio Gutiérrez y publicados –como publicidad– en *Arquitectura* del mismo año.

*Lo bello, lo útil y lo sencillo no son cosas incompatibles*, se señala en *Ingeniería y Construcción*, de 1928; son momentos en que las revistas especializadas difunden –como no lo habían hecho nunca– las experiencias europeas de casas prefabricadas. Junto a ellas, la prensa diaria defiende edificar de manera rápida y económica, entendiendo la estandarización como necesidad, e incluso algunos políticos (Andrés Arteaga, concejal del Ayuntamiento de Madrid, por ejemplo) apuntan, sin contar con datos, que el déficit de viviendas existente en Madrid podría solucionarse fácilmente, en el caso de aplicarse la construcción de viviendas en serie. Consciente de la dificultad en encontrar mano de obra especializada, del mismo modo que tampoco resulta fácil contrar con arquitectos capaces de aplicar estas patentes, Mosteiro insistirá, en el Congreso Nacional de Arquitectos celebrado en Santiago en 1928, en la necesidad de crear centros de experimentación de sistemas constructivos y ensayo de materiales. Compartiendo esta preocupación, ese mismo año la Junta de la Sociedad Central de Arquitectos solicita al Presidente del Consejo de Ministros que se afronte, como un problema de la sociedad española, la formación técnica del obrero, la estandarización de la construcción, la creación de un organismo con competencias para gestionar y resolver los problemas de urbanismo.

Se editan, como he señalado, artículos sobre el sistema triangular (construir mediante una variación infinita de múltiples triangulares) y se difunden los trabajos de José María Muguruza sobre la racionalización en la industria de la construcción alemana (los trabajos de la Deutsche Industrie Normenausschuss, DIN), en los que aclara y define conceptos tales como “norma” y “tipo”. Por ello, cuando en 1927 se celebra en Madrid la exposición *La Ciudad y la vivienda moderna* muchos se sorprendieron, porque frente a lo exhibido en Stuttgart (fueran los ejemplos de las nuevas viviendas o los detalles constructivos de las mismas), lo que se expone en Madrid son los proyectos de ensanche, extensión y transformación urbana concebidos por los ayuntamientos (y por la patronal). Paralelamente, se difunden los “logros” conseguidos en la construcción de casas baratas (destacando en cuadros estadísticos, por ejemplo, el número de barriadas edificadas en cada provincia), así como ejemplos de las casas regionales; y se complementaba con “conjuntos de decoración y menaje” de viviendas modestas y reducidas. Entendida como testimonio –como lo fue el discurso de Eduardo Aunós “Las Obras Públicas de la Dictadura”– de la política oficial del Directorio, la citada exposición fue más importante por la repercusión política que tuvo (expresión, a fin de cuentas, de los arquitectos ligados al Gobierno de Primo de Rivera) que por el material exhibido.

Un libro alemán  
sobre  
casas baratas <sup>(1)</sup>

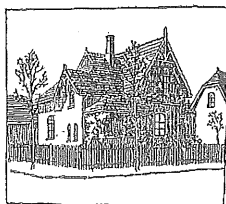


Fig. 1.ª

Con la palabra *Kleinhaus* (*Klein*, pequeño; *Haus*, casa) suele designarse en Alemania lo que aquí llamamos casa barata; encierra, además de este concepto, otro más importante, pues al fin, el precio no es más que un accidente, mientras que este nuevo tipo de vivienda mantiene una orientación, no sólo desde el punto de vista constructivo, sino social y ético.

Después de la guerra francoprusiana, con la constitución del imperio alemán, el incremento de las posibilidades económicas del país y el desarrollo de los ferrocarriles, comenzó una nueva era para Alemania, que puede resumirse en estas dos palabras: *industria y centralización*.

La técnica, y mucho menos la estética, no estaban preparadas para una evolución tan rápida, y tuvieron que echar mano de los elementos conocidos, adaptándolos del mejor modo posible a las nuevas necesidades, sin disponer del tiempo preciso para poder pensar con serenidad.

(Es un efecto penoso el que producen las ciudades alemanas en los barrios construidos hace unos treinta años. Una sensación de esterilidad y dureza domina el ambiente; los elementos constructivos se agrupan de una manera brutal, sin ningún sentido de subordinación de lo secundario a lo principal; los materiales, sin nobleza, y los elementos

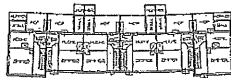


Fig. 2.ª

(1) *Kleinhaus und Kleinsiedlung*, Hermann Muthesius, 1913.

6. Luis Lacasa: Reseña del libro *Kleinhaus und Kleinsiedlung*, de Muthesius.

Los que rechazan el gesto arquitectónico de la vanguardia y, al mismo tiempo, permanecen indiferentes ante los “éxitos” de la exposición *La Ciudad y la vivienda moderna* se interesan por cuestiones distintas. A los pocos meses de su inauguración, José Moreno Villa publica en *Arquitectura* un comentario sobre otra exposición de arquitectura celebrada en Múnich: *Heim und Technik* (Vivienda y Técnica). Esta exposición supone un paso adelante frente a la celebrada sólo un año antes en Stuttgart, ya que, si en la Weissenhof se afrontó, desde la singularidad de un arquitecto todavía artista, el carácter formal de la vivienda moderna (de una vivienda que, obviamente, no era la solución al problema social existente), en Múnich la preocupación fue resolver los problemas económicos y constructivos que conlleva la construcción de la vivienda reducida. Tras comentar los 21 ejemplos presentes en la exposición, Moreno Villa destacaba en su trabajo que la preocupación fundamental de sus responsables fue mostrar cómo y dónde se debían aplicar los aparatos técnicos. Da noticia, por ejemplo, del debate mantenido entre los partidarios de instalar ducha y los defensores del baño; la polémica entre si era o no necesario separar el baño del retrete; o la novedad que supone analizar cómo deben ser los aposentos nocturnos. El artículo se complementaba con una amplia bibliografía de revistas alemanas, distantes sin duda de la vanguardia formal.

Lo singular del artículo de Moreno Villa es que hace una distinción entre el “nuevo estilo” y los problemas constructivos que preocupan a quienes han optado por la “Nueva Objetividad”. En la misma línea, y sólo algunos meses más tarde, el donostiarra José Manuel Aizpúrua publica interesantes comentarios denunciando las manipulaciones a las que se encuentra sometida la construcción. Consciente de que la arquitectura moderna se identifica en España con la actitud esnob de una clase, Aizpúrua denuncia la imposibilidad de llevar dicha arquitectura a las viviendas de las clases populares, a diferencia de cuanto sucede en la Europa Central, y termina preguntándose, un tanto retóricamente, *¿cuándo habrá en España auténtica arquitectura moderna?*

Arquitectura moderna significa, en consecuencia, llevar a toda la arquitectura la reflexión y el modo de actuar asumido por algunos en las viviendas de gran lujo. En una España donde las casas baratas proyectadas (y construidas) todavía están, a principios de los treinta, más próximas conceptual y constructivamente a las edificadas en los veinte que no a la moderna arquitectura de su tiempo, lo que se pretende no es llevar la imagen del barco a cuanto se construya sino potenciar la reflexión sobre la funcionalidad del proyecto. El grupo de Sánchez Arcas, Lacasa, Moreno Villa y Arnal había criticado, con ocasión de la exposición de Stuttgart, la excesiva atención prestada al diseño. Lacasa, en un comentario publicado sobre el tema, llegó incluso a

dudar de la racionalidad de las soluciones presentadas, valorándolas como ejemplo del hacer formal desligado de la realidad. De acuerdo con los planteamientos de Taut, *una casa no sólo tiene que ser bella cuando se pueden hacer de ella bellas fotografías*, su opinión (contraria a cuanto viera) le llevó a abandonar la “metafísica de la forma” y optar, en su lugar, por una racionalidad basada en la función.

*Si en una edificación hay distintas dependencias cuyos servicios se repiten y cuyo número sea suficientemente grande, puede llegar a obtenerse una dependencia tipo, que sirve de modelo, y que se repite tantas veces como sea necesario.* Con esta afirmación, planteada al comentar su proyecto del Instituto de Física y Química costeadado por la Fundación Rockefeller, Lacasa se oponía a lo que para él era falsa modernidad. Al reclamar la necesidad de definir y precisar cuales eran los problemas de funcionamiento de un edificio, insistía en la importancia que la técnica debía tener en la construcción. Por ello, admirador de los que llegaban a la estética a través de la técnica (e indiferente a la opinión de Le Corbusier frente a sus detractores —*lo útil no es lo bello [...] hoy, las vanguardias de la nueva objetividad han dado muerte a dos palabras: Baukunst (arquitectura) y Kunst (arte) y estos dos conceptos han sido sustituidos por Bauen (construir) y por Leben (vivir)*—, su actitud fue tanto negarse a supeditar la composición de la fachada al número de oro como asumir lo que, irónicamente, definió como los “axiomas” formulados por Le Corbusier.

Frente a quienes pretendían una arquitectura de la síntesis, Sánchez Arcas y Lacasa optarán por la actitud funcional, por la capacidad de construir fuera de cualquier consideración esteticista. El debate no debía centrarse, en su opinión, en cuestionar un estilo frente a otro ni en polemizar respecto a cómo valorar o tratar una fachada, la opción, por el contrario, debía ser cómo enfrentarse a la lógica del proyecto. En un momento en que Moreno Villa defiende —en una conferencia dictada en la Residencia de Estudiantes, de la que se hizo eco toda la prensa de la época— la idea de función contra forma, confort contra lujo, la opinión de Sánchez Arcas y Lacasa es terminante, expresándola este último en un artículo del que cito: [...] *un compañero mío, animado de los propósitos más verdaderos, proyectaba a mi lado un edificio. Se trataba de una vivienda y empezó a tantear la planta según el programa dado, y, después de plantear distintas soluciones, dio con una que consideró la procedente, tan normal, tan corriente, como hubiera sido la de otro compañero cualquiera, aunque no hubiera estado impregnado de tan nobles y modernos propósitos como el que nos ocupa.*

[...] *Según los principios racionalistas, sobre aquella base horizontal debiera levantarse el volumen correspondiente de manera fatal, inapelable y precisa [...] pero mi sorpresa fue grande cuando vi que en lugar de levantar los volúmenes de manera automática [...] vi que mi compañero empezaba nuevamente con tanteos acoplando los cubos, subiendo o bajando el nivel de las*

SOCIEDAD DE CURSOS Y CONFERENCIAS

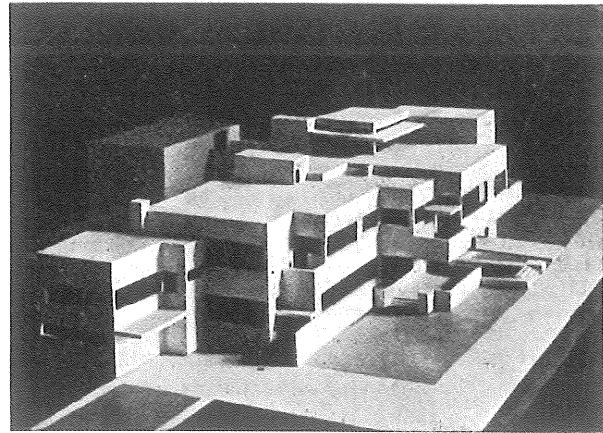
6.ª MATRÍCULA • CONFERENCIA N.º 11

L'ESPRIT FONDAMENTAL  
DE L'ARCHITECTURE  
CONTEMPORAINE

CONFERENCIA  
(ACOMPANADA DE PROYECCIONES)

DE

THÉO VAN DOESBURG



MIÉRCOLES, 7 DE MAYO DE 1930

A LAS SIETE DE LA TARDE

*En la Residencia de Estudiantes, Pinar, 21.*

*terrazas [...] y pude advertir que entre tanto plano aparecía también un cilindro, aunque luego me he enterado, cosa que me extrañó, que se llevan también los cilindros, claro que sin abusar de ellos.*

Su actitud es tan ajena a las formuladas por Rubió i Tudurí como a las planteadas por Karel Teige o, incluso, a las definidas por Torres Balbás. En su concepción, la arquitectura debiera ser estrictamente científica pues los problemas del funcionamiento de un edificio son más complejos que los de la vida de cualquiera de los individuos que han de usarlo. Tras apuntar que lo que llaman “funcionalismo auténtico” no consiste en la mera derivación mecánica, dogmática y rígida de la forma, según lo exige la función, y que cabe un margen de elección (incluso, comentan, en la determinación de la sección de un pie derecho) que permite obtener que una obra sea, además de adecuada a su función, más o menos bella, según la sensibilidad y la capacidad del arquitecto.

La Fundación Rockefeller, el proyecto que elaboran y llevan a término Sánchez Arcas y Lacasa, es el mejor ejemplo de esta arquitectura; reconocida en su momento como uno de los grandes hitos de una arquitectura madrileña, su propia construcción significa un momento álgido en la relación profesional existente —nunca, no confundamos, compartieron estudio— entre Lacasa y Sánchez Arcas. A partir de esta fecha, Lacasa se vuelca en el urbanismo y en la crítica arquitectónica: son los momentos en que participa con Bellido y Lorite en la Oficina Técnica Municipal del Ayuntamiento, elaborando, entre otros, la propuesta alternativa del Ayuntamiento al Plan de Zuazo. Sánchez Arcas, por el contrario, ha encontrado su opción y desarrolla su actividad desde la arquitectura. Entendiendo que el debate sobre normalizar y estandarizar ha quedado superado por la realidad, Sánchez Arcas queda sorprendido cuando advierte que el primer número de *AC* (la revista de GATEPAC) todavía reclama tipificar los elementos de la vivienda, poniendo como ejemplo la arquitectura popular. En 1930 Sánchez Arcas, que se encuentra proyectando el Hospital Clínico, ha estado en Estados Unidos visitando edificios similares y entiende —como expone Dohme en la conferencia que pronuncia en Madrid sobre centrales eléctricas— que la importancia del proyecto no radica en el uso del hormigón y sí en la definición del programa de necesidades, en las condiciones que debe cumplir el edificio industrial.

Nombrado en 1931 Consejero de Instrucción Pública, su preocupación, al entrar en política, es llevar la funcionalidad a las escuelas que construya la República. Contrario a los resultados del concurso convocado en 1930, aglutina alrededor suyo a arquitectos como José María Muguruza, Giner de los Ríos, Alonso Martos, Briz, Font, García Guereta y Fernando Salvador, y apoya los criterios asumidos por Aizpúrua y Labayen en las escuelas que han proyectado para la guipuzcoana villa de Ibarra. Muguruza, aquel que poco antes publicara un largo trabajo sobre las normas DIN, estudia ahora (bajo la dirección de Sánchez Arcas) los problemas que caracterizan a las escuelas españolas.

Tras enumerarlos, apunta, entre otros, la conveniencia de grandes o pequeñas agrupaciones escolares, al tiempo que enfatiza la importancia de su ubicación en los proyectos de urbanización. Entiendo que el tema de las escuelas adquiere, en los primeros años de la República, singular importancia y prueba de ello es que en el Primer Congreso de Arquitectos de Lengua Catalana, celebrado en 1932, una de las conclusiones se centra en cuestionar la situación en que se encuentra la arquitectura escolar. En él se pide con carácter urgente una ley para solucionar el déficit de escuelas existente en Cataluña que defina los aspectos que se deben afrontar y reitere la obligación de los arquitectos que las proyecten de ceñirse a la normativa.

Cabría pensar que su labor como político interrumpe su trabajo durante un tiempo y, sin embargo, es en esos momentos cuando Sánchez Arcas desarrolla una febril actividad como proyectista: traza y construye el Hospital Clínico de Madrid, el Mercado de Algeciras, el Hospital de Toledo y el Rectorado de la Complutense, al tiempo que proyecta –en colaboración con Aizpúrua y Labayen– el Hospital de San Sebastián y participa en el concurso del Museo del Coche. Paralelamente a esta actividad, Sánchez Arcas participa en dos importantes proyectos culturales: el Centro de Exposición e Información permanente de la Construcción que desarrolla Mariano García Morales y en el grupo que se configura en torno a Eduardo Torroja.

El gran momento profesional de Sánchez Arcas coincide con la visita que Gropius realiza a Madrid, invitado por la Residencia de Estudiantes para repetir la charla que poco antes había dado en el Ateneo Guipuzcoano. Tras exponer diapositivas de sus obras en Colonia y Berlín y explicar los principios de la Bauhaus, Gropius hizo hincapié en como la razón de la arquitectura se encuentra en su función, en su razón de ser. Crítico frente a los que entienden que el racionalismo es una mera ordenación mecánica, aprovechó la ocasión para distanciarse de algunas de las posiciones mantenidas en el Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM) de Bruselas y reclamó (más tarde lo formalizaría en el IV CIAM) el concepto de ciudad funcional, publicado en la tinerfeña *Gaceta de Arte*, de 1932.

Si poco antes “todo debía ser racional”, ahora todo debe ser “funcional”. A principios de los treinta se produce un quiebro frente a la actitud mantenida en los veinte. El problema no es ya la construcción de casas baratas sino la edificación de grandes equipamientos sociales. En esta década, los proyectos de extensión de la ciudad, las grandes operaciones de infraestructura ferroviaria, la construcción de hospitales y dispensarios, las centrales eléctricas y las universidades son los motores de una economía en recesión, en la que, desde los esquemas expuestos por quienes gobiernan la nación, se hace necesaria una política de déficit público como única solución para reactivar la economía. Y si antes, en la construcción de los pequeños manifiestos que fueron



los proyectos de Stuttgart, la forma tuvo un interés (como elemento de quiebro cultural), ahora es la técnica de la construcción la que cobra nuevo sentido.

La visita de Gropius coincide con los trabajos que Rodríguez Orgaz y Subirana realizan para la Exposición de Berlín de 1931 y, sobre todo, con la información que traen de la misma. Partidarios de fomentar la industrialización, de acuerdo con lo que han visto en la exposición, Rodríguez Orgaz formula, junto con Prieto Moreno, las dos propuestas de escuelas prefabricadas recientemente estudiadas por Joaquín Medina. Y todo ello coincide con la actividad desarrollada por Mariano García Morales, impulsor del Centro de Exposición e Información Permanente de la Construcción (CEIPC), en el tantas veces reclamado Centro de Difusión de la Construcción, *lugar* —como señala *RE-CO*, la revista por ellos editada— *de investigación y organización de cursos y conferencias, de exposición e intercambio*.

Sería del máximo interés conocer mejor qué fue el CEIPC, sus objetivos, su planteamiento y, sobre todo, la formación tanto de García Morales como de los arquitectos que le acompañaron en aquella singular aventura. Uno de ellos fue Mariano Garrigues, arquitecto de singular formación, que en 1934 asistiría al XIII Congreso Internacional de Arquitectos con una ponencia sobre “Los nuevos materiales desde el punto de vista de la concepción del proyecto y de los resultados obtenidos con su empleo”, en cuya redacción demostró conocer los supuestos de la arquitectura alemana de aquel momento. García Morales tuvo varios colaboradores, y entre ellos figura Sánchez Arcas. Pero si el CEIPC buscaba difundir y divulgar los nuevos esquemas constructivos, en 1932 se crea, a iniciativa de Torroja, el Instituto Técnico de la Construcción, del que forman parte Blanco Soler, Blein, López Otero y Sánchez Arcas, y en el que también aparecen ingenieros como José María Aguirre. El objetivo del Instituto no es ya difundir nuevas soluciones constructivas y presentar nuevos materiales, sino reflexionar sobre la posible industrialización de la arquitectura, debatir sobre aspectos ligados a la construcción (por ejemplo, la iluminación) o estudiar el nuevo uso que pueden tener las estructuras en la edificación. Para comprender la actividad de este grupo, sería necesario profundizar en la labor desarrollada por Torroja primero en Hidrocivil y luego en su propio despacho, ver cuáles fueron sus intereses y publicaciones antes de la Guerra (prestando especial interés a una revista como *Hormigón y Acero*, dirigida desde el número 60 por Torroja) y entender como algunos de los grandes proyectos de ingeniería que caracterizan la España de aquellos años salen, precisamente, del debate generado en el Instituto Técnico de la Construcción.

Hay dos valiosos testimonios de lo que fue aquel grupo. Uno, el comentario que López Otero redacta en 1961, a la muerte de Torroja, y que publica en la *Revista*

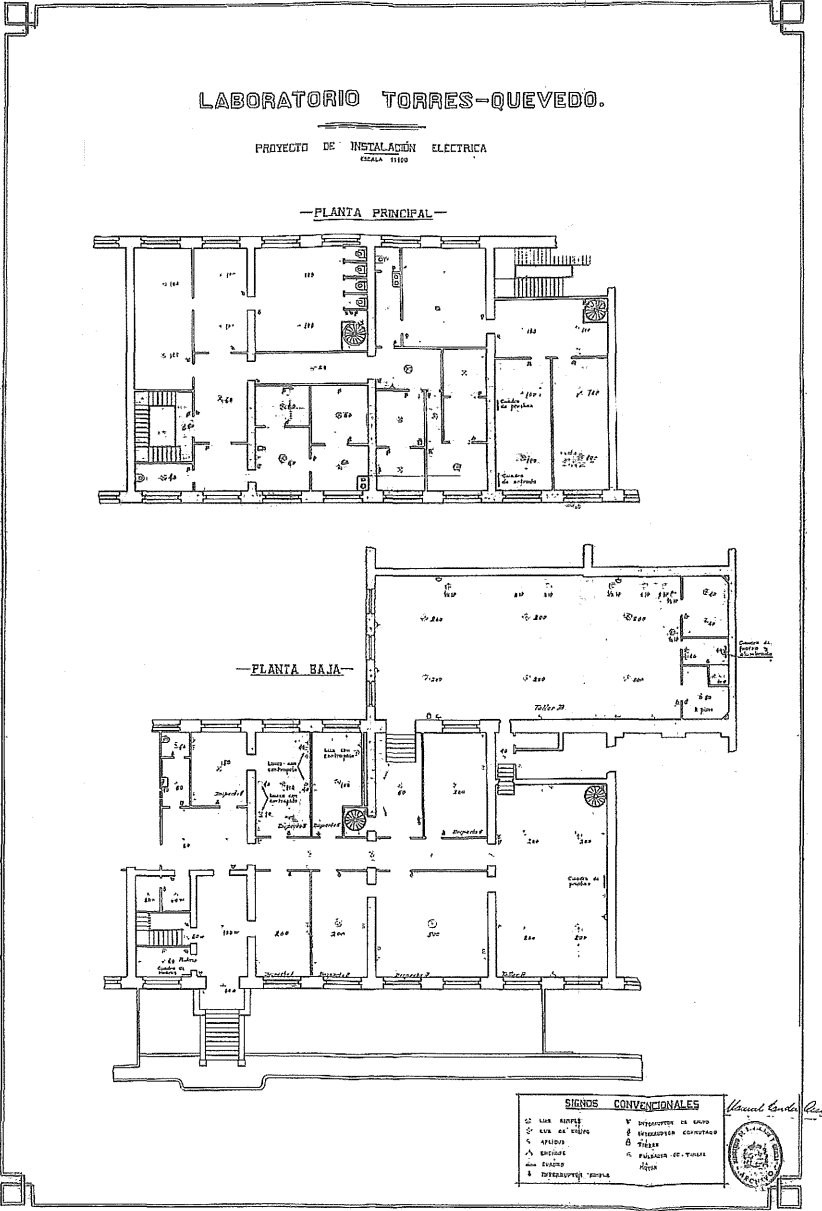


*Nacional de Arquitectura*; allí da cuenta de como entró él en contacto con Torroja, de la relación de éste con Zuazo, Arniches y Domínguez (vergonzosamente, evitaba escribir el nombre de Sánchez Arcas, confiando en que el olvido hiciera desaparecer su rastro) y de la actividad desarrollada por el grupo. Y el otro es José María Aguirre, quien, en una publicación editada por el Instituto de España en homenaje a Torroja, comentó también cuales fueron, en su origen, las preocupaciones e intereses de aquel pequeño grupo. De los comentarios que conocemos cabe deducir un hecho: los arquitectos sueñan en proyectar como ingenieros, los ingenieros buscan imaginar como arquitectos y sólo así se entienden proyectos como los de Sánchez del Río, en Pola de Siero, o los ejecutados por Torroja conjuntamente con Zuazo, Arniches y Domínguez o Blanco Soler.

La síntesis de ambas posiciones se advierte en proyectos de Sánchez Arcas tan singulares como el Mercado de Algeciras, el Clínico de Madrid o el proyecto de Hospital para San Sebastián. Considero que este último tiene especial interés por un hecho no destacado hasta el momento: si bien sabemos que Aizpúrua había formado parte del GATEPAC (Grupo de Arquitectos y Técnicos Españoles para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea) desde la constitución del grupo, lo que creo es que poco a poco abandona las rígidas posiciones de algunos y sorprendentemente se acerca a las ideas defendidas por Sánchez Arcas. (Reitero lo apuntado en su día: sería del máximo interés conocer las razones por las que Subirana fue expulsado del grupo, así como los argumentos dados para denegarle el reingreso cuando, a su vuelta de Berlín, pide ser readmitido.)

Encontré en su día, en la Biblioteca de la Escuela de Arquitectura de Madrid, una copia mecanografiada de la Memoria que Sánchez Arcas y Aizpúrua presentaron al Concurso para el Hospital de San Sebastián: lejos de ser un manifiesto sobre la modernidad, era un texto árido, lleno de valoraciones objetivas y datos, con cuadros estadísticos y notas empíricas sobre las necesidades que debía cumplir un hospital, sobre los problemas que el arquitecto debía, en primer lugar, conocer y luego, con su proyecto, saber resolver. Lo destacable es que, salvando las distancias políticas (Aizpúrua sería fusilado los primeros días de iniciarse la Guerra por su condición de Jefe Provincial de Falange, mientras que Sánchez Arcas ingresaría poco después del Levantamiento en el Quinto Regimiento), un miembro del GATEPAC y Sánchez Arcas colaboraran, desarrollando una misma idea, lo que abre una importante puerta sobre cuáles pudieron ser las desavenencias y tensiones internas del Grupo, máxime entre el Norte (San Sebastián) y el Este (Barcelona). Y cuando la Guerra sorprende a ambos, la labor de Sánchez Arcas se limitaba a impartir, en la Residencia de Estudiantes, un seminario sobre iluminación y prefabricación, seminario del que no hemos conseguido encontrar noticias.

9. Laboratorio Torres-Quevedo.  
Plano de las instalaciones eléctricas.



La Guerra lleva, de nuevo, a Sánchez Arcas a la política. Y tras la misma, el exilio, primero en la URSS, luego en Polonia, por último en el Berlín de la RDA. Como ocurriera con tantos otros, su actividad se diluye y la figura de lo que hubiera podido llegar a ser queda difuminada. Al final, sólo el recuerdo. Pero no olvidemos que durante poco más de quince años Sánchez Arcas jugó, en la Historia de la Arquitectura madrileña, un singular papel: porque, ajeno e indiferente al formalismo gratuito que fuera preocupación de muchos, su gran aportación fue intentar sentar las bases de otra forma de ver y comprender la arquitectura.